

## EL GOZO DEL ESPÍRITU SANTO EN SAN BENITO<sup>2</sup>

Es un hecho singular que el gozo (*gaudium*) no aparece en la *Regla* de san Benito más que en dos pasajes en los cuales se trata de mortificaciones o de pruebas. Si se deja de lado una frase del directorio del abad, donde san Benito le desea a éste “experimentar el gozo de ver crecer a su rebaño”<sup>3</sup>, las otras recurrencias del sustantivo *gaudium* y del verbo *gaudere* expresan un sonido diferente e inesperado.

### El gozo del monje en la prueba

En el capítulo de la humildad, en primer lugar en ese grado de humildad particularmente largo y patético que es el cuarto —el monje es confrontado allí “a cosas duras y contrarias, es decir a toda clase de daños que se le infligen”—, Benito cita un versículo del salmo donde los desdichados se quejan de ser tratados “como ovejas de matadero”, y agrega: “Seguros de la recompensa divina que esperan, prosiguen *gozosos* diciendo: Pero en todo esto triunfamos gracias a Aquel que nos amó”<sup>4</sup>.

Esta nota de gozo (*gaudentes*) en medio de la prueba resuena nuevamente en el capítulo de la Cuaresma. Aún más, ella se hace oír allí dos veces seguidas. Primero, Benito invita a cada monje a “ofrecer” al Señor, además de las privaciones comunitarias, “alguna cosa que proceda de su propia voluntad”, y especifica que esta ofrenda espontánea y sacrificada de cada uno se hará “en el gozo del Espíritu Santo”<sup>5</sup> (*cum gaudio Spiritus*

<sup>1</sup> Monje benedictino de la Abadía de *La Pierre-qui-vire* (Francia).

<sup>2</sup> Traducción de la Abadía de Santa Escolástica.

<sup>3</sup> *RB* 2,32: *in augmentatione boni gregis gaudeat*.

<sup>4</sup> *RB* 7,39: *Subsequuntur gaudentes et dicentes*, precedido del *Sal* 26,14 y seguido de *RM* 8,36.

<sup>5</sup> *RB* 49,6: *ut unusquisque super mensuram sibi indictam aliquid propria uoluntate cum gaudio Sancti Spiritus offerat Deo*.

*Sancti*). Inmediatamente después reitera y precisa esta invitación: “que cada uno prive a su cuerpo de algo de alimento, de bebida, de sueño, de conversación y de pasatiempos, y espere la santa Pascua con el gozo del deseo espiritual”<sup>6</sup>.

Pruebas y gozo, privaciones y gozo: estas asociaciones paradójicas del cuarto grado de humildad y del capítulo sobre la Cuaresma no son puras invenciones de Benito. En los dos casos, aparece claramente un sustrato escriturístico. Cuando en el tratado de la humildad se nos muestra al monje simultáneamente sufriente y alegre, debemos prestar atención a una palabrita de tres letras deslizada por Benito en esta frase: si quienes son probados vencen gozosamente su prueba, es que tienen la esperanza (*spe*) de ser recompensados por Dios. Ahora bien, no hay esperanza sin alegría, dice San Pablo: *spe gaudentes*<sup>7</sup>. Esta palabra de la *Epístola a los Romanos* subyace en el cuarto grado de humildad.

De manera más precisa aún, el “gozo del Espíritu Santo” mencionado en el capítulo de la Cuaresma recuerda otra palabra del Apóstol. Escribiendo a los Tesalonicenses, Pablo los felicita por haber *recibido la Palabra, en medio de una gran tribulación, con el gozo del Espíritu Santo*<sup>8</sup>. Así pues, a los monjes italianos del siglo VI, la Cuaresma les hacía revivir la experiencia de los primeros cristianos de Tesalónica, perseguidos por su adhesión a Cristo en la fe: la prueba sufrida a causa de éste es acompañada por el gozo del Espíritu.

Y cuando Benito, reiterando su afirmación, nos hace confiar que la espera de la Pascua colme de gozo el deseo espiritual, piensa no solamente en la palabra de la Carta a los Romanos evocada más arriba —*spe gaudentes*, “gozosos en la esperanza”—, sino también en los “frutos del Espíritu” enumerados por el mismo Pablo en la Carta a los Gálatas: *el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz*, y lo que sigue (*Ga* 5,22). Si el gozo es calificado aquí de “espiritual”, es porque como el amor es uno de los dones del Espíritu Santo presente en el corazón del cristiano.

Por tanto, en San Benito, el gozo del monje es a la vez algo concomitante a la prueba y don del Espíritu Santo. Si además Benito no pro-

<sup>6</sup> *RB* 49,7: *id est, subtrahat corpori suo de cibo, de potu, de somno, de loquacitate, de scurrilitate, et cum spiritalis desiderii gaudii sanctus Pascha expectet.*

<sup>7</sup> *RM* 12,12: ver nota 11.

<sup>8</sup> *1 Ts* 1,6: *expicientes uerbum in tribulatione magna cum gaudio Spiritus Sancti.*

nuncia esta palabra (*gaudium*) más que en estos dos pasajes de su *Regla*, en el cuarto grado de humildad y en el capítulo de la Cuaresma, no hay menos que asombrarse de que este tiempo que precede a la Pascua tenga para él un valor ejemplar: “En todo tiempo la vida del monje debería tener una observancia de cuaresma”. La “alegría del deseo espiritual”, con la cual se está orientado hacia la Pascua, simboliza entonces la “concupiscencia espiritual” con la cual se “desea la vida eterna”, como dice uno de los *Instrumentos de las buenas obras*<sup>10</sup>.

Además, la extrema escasez de los pasajes en los cuales Benito emplea esta palabra “gozo” no debe hacer olvidar dos páginas de la *Regla* en los cuales aparece –sin la palabra– un análogo estado del alma. Una de estas perícopas es el final del Prólogo. Después de haber definido allí el monasterio, igual que la *Regla del Maestro*, como una “escuela del servicio del Señor”, Benito agrega varias líneas en las que formula, ante todo, su deseo de no imponer cosas penosas, después pone en guardia contra el desaliento que podrían inspirar ciertas prescripciones, juzgadas muy rigurosas e insoportables. No hay allí más que un comienzo, dice: “El camino de la salvación no se puede emprender sino por un comienzo estrecho. Mas cuando progresamos en la vida monástica y en la fe, se dilata el corazón, y se corre con inefable dulzura por el camino de los mandamientos de Dios”<sup>11</sup>.

Sin utilizar la palabra *gaudium*, Benito evoca allí un estado del alma cercano al gozo. Éste, como en la escala de la humildad y el programa de la Cuaresma, resulta paradójicamente de la prueba misma: el camino estrecho del Evangelio, con todas sus renunciaciones, no aprisiona el corazón, sino que por el contrario lo ensancha y abre. La caridad divina se adueña del hombre, lo colma de su dulzura.

El otro pasaje en el que aparece algo semejante al gozo es en la conclusión del gran capítulo de la humildad. Con Casiano y el Maestro, Benito evoca allí la iluminación a la que conduce la ascensión por la humildad, iniciada en el temor del Señor y de su juicio. A este temor inicial, lo sustituye finalmente el amor. Los tres autores varían ligeramente en la evocación de éste –“al amor del bien” (Casiano), o “de las buenas

<sup>9</sup> RB 49,1: *Licet omni tempore uita monachi quadragesimae debet obseruantiam habere.*

<sup>10</sup> RB 4,46: *Vitam aeternam omni concupiscentia spiritali desiderare.*

<sup>11</sup> RB Pról 49-50: *non ilico pauore perterritus refugias uiam salutis, quae non est nisi angusto initio incipienda (cf. Mt 7,14). Processu uero conuersationis et fidei “dilatato corde” inenarrabili dilectionis dulcedine “curritur uia mandatorum Dei” (Sal 118,32).*

costumbres” (el Maestro), Benito lo reemplaza simplemente por “el amor de Cristo”—, pero los tres coinciden en hablar de la “delectación de las virtudes” que acompaña este amor final<sup>12</sup>. Ahora bien, encontrar placer en el obrar virtuoso, ¿no es conocer un cierto gozo?

El gozo que dilata el alma es, por consiguiente, en San Benito más frecuente de lo que parece. Pero de manera muy coherente, aflora siempre en el mismo contexto oblativo y sacrificial. Hemos notado varias veces también un sustrato escriturístico evidente. Esta referencia al Nuevo Testamento, y más particularmente a los escritos paulinos, nos compromete a considerarlos para comprender mejor lo que los escritores monásticos han tomado de ellos. Veamos, entonces, lo que San Pablo y San Juan dicen del gozo.

### Prueba y gozo en san Pablo

El capítulo de Benito sobre la Cuaresma nos pone en presencia de dos palabras del Apóstol, que asocian el “gozo” con la “prueba”. *Gozosos en la esperanza, pacientes en la prueba, perseverantes en la oración*: así serán los Romanos si responden a los deseos de San Pablo<sup>13</sup>. Y ya antes los Tesalonisencas habían sido felicitados por *haber recibido la Palabra en medio de una gran prueba, con la alegría del Espíritu Santo*<sup>14</sup>.

Esta asociación de la alegría y de lo que es aparentemente su contrario —la prueba, la tribulación— se encuentra además en otra carta de San Pablo. De su propia persona, él decía a los Corintios: *Parecemos tristes, y estamos siempre gozosos*<sup>15</sup>.

Por otra parte, el *gozo del Espíritu Santo*, mencionado en la *Carta a los Tesalonisencas*, encuentra numerosos ecos en el epistolario paulino. Cuando Pablo enumera a los Gálatas los *frutos del Espíritu*, el gozo, en esta lista de nueve términos, viene en segundo lugar, inmediatamente después

<sup>12</sup> RB 7,69: *amore Christi et consuetudine ipsa bona et delectatione uirtutum*. Cf. CASIANO, *Inst.* 4, 39, 3 ; RM 10,90.

<sup>13</sup> RM 12,12: *spe gaudentes, in tribulatione patientes, orationi instantes*. Cf. nota 5.

<sup>14</sup> 1 Ts 1,6: *accipientes uerbum in tribulatione magna cum gaudio Spiritus Sancti*. En esta frase como en la precedente, *tribulatio* (prueba) traduce el griego *thlipsis*.

<sup>15</sup> 2 Co 6,10: *quasi tristes, semper autem gaudentes*.

del amor: *El fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, y luego el resto*<sup>16</sup>. Y cuando el Apóstol define para los Romanos la verdadera naturaleza del Reino de Dios, escribe: *El Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*<sup>17</sup>. En armonía con estas palabras de San Pablo, los Hechos de los Apóstoles nos muestran a sus discípulos, en Asia Menor, *llenos de gozo y del Espíritu Santo*, aún en medio de la persecución desatada contra ellos<sup>18</sup>.

Otra compañera habitual del gozo es la oración. Después de haber recomendado, en la frase de la Carta a los Romanos citada más arriba, la *alegría en la esperanza* y la *paciencia en la tribulación*, Pablo agrega enseguida la *perseverancia en la oración*<sup>19</sup>. Y cuando dice a los Tesalonicenses: *Estén siempre alegres*, no deja de agregar: *Oren sin cesar, den gracias en toda ocasión*<sup>20</sup>.

Este último pasaje de las Cartas de Pablo es de una importancia capital para la historia de la oración cristiana. En efecto, es este *oren sin cesar* lo que ha inspirado todas las búsquedas de los fieles y las comunidades para llenar el tiempo con oraciones: así ha nacido el oficio divino de las Iglesias y los monasterios. Pero, mientras que este *oren sin cesar* de la Carta a los Tesalonicenses engendra prácticas de toda clase y es invocada sin cesar por los liturgistas, rumiada por las almas piadosas, recordada por los autores espirituales, las dos frases vecinas de la misma carta –*estén siempre alegres y den gracias en toda ocasión*– no tendrán de ningún modo el mismo desarrollo.

Un autor monástico célebre, Juan Casiano, puede servir de ejemplo al respecto. El *oren sin cesar* del Apóstol es citado ocho veces en sus *Instituciones* y sus *Conferencias*, en las cuales esta consigna neotestamentaria sirve de fundamento a toda la organización de la oración de las horas<sup>21</sup>. Por el contrario, la prescripción vecina –*estén siempre alegres*– no aparece nunca, a mi entender, en la obra de Casiano<sup>22</sup>. Le gusta recordarle al

<sup>16</sup> Ga 5,22: *Fructus autem Spiritus est caritas, gaudium, pax...*

<sup>17</sup> RM 14,17: *iustitia et pax et gaudium in Spiritu Sancto.*

<sup>18</sup> Hch 13,52: *discipuli quoque replebantur gaudio et Spiritu Sancto.*

<sup>19</sup> RM 12,12. Cf. nota 11.

<sup>20</sup> 1 Ts 5,16-18: *semper gaudete, sine intermissione orate, in omnibus gratias agite.*

<sup>21</sup> Ver en particular *Instituciones* I,2,1 y *Colaciones* IX, 3, 4.

<sup>22</sup> Cf. el Índice muy completo de PETSCHENIG (CSEL 17, p. 408). Sobre el vicio de

monje que debe orar sin cesar. Pero parece olvidar que también tiene el deber de estar siempre alegre.

*Estén siempre alegres.* Un lector de la *Regla* benedictina podría objetar que Benito, como muchos otros autores monásticos antiguos, es severo con la risa. Uno de sus “instrumentos de las buenas obras” prohíbe pronunciar “palabras vanas que provoquen la risa”, y el siguiente recomienda “no amar la risa prolongada o estrepitosa”<sup>23</sup>. En muchas de estas sentencias que provienen del Maestro, Benito lo sigue, y con él a Casiano, en uno de los últimos grados de su escala de humildad, en el cual no consiente que el monje sea “fácil y pronto a reír”<sup>24</sup>. Sin embargo, estas frases no condenan toda especie de risa, sino solamente ciertas formas de ésta. Pero otros autores monásticos, anteriores o contemporáneos, llegan hasta a prohibir reír, haciendo valer para ello no solamente el *Ay de ustedes que ríen*<sup>25</sup>, sino incluso el ejemplo de Jesús, a quien el Evangelio muestra a veces llorando, pero nunca riendo<sup>26</sup>.

Estas advertencias contra la risa, ¿impiden cultivar el gozo? No, ciertamente, porque de ninguna manera es necesario reír para estar alegres. Incluso es lo opuesto a la risa —las lágrimas— lo que Benito asocia, en su programa de cuaresma, al “gozo del Espíritu Santo”, el cual debe predominar en el alma durante este período. Lo que el monje “ofrece a Dios con gozo del Espíritu Santo”, es justamente una serie de privaciones que alcanzan no solamente a la comida, la bebida y el sueño, sino también a la locuacidad y las bromas. Al mismo tiempo, la oración de cuaresma está acompañada de “lágrimas” y de “compunción del corazón”, tanto como de abstinencia<sup>27</sup>. Lejos de impedir el gozo, estas manifestaciones de dolor espiritual son su alimento.

---

la tristeza (*Inst.* 9, 11), Casiano cita *Ga* 5,22, pero no *1 Ts* 5,16. Además cita también *2 Co* 6,10, pero al final de un texto más amplio (*2 Co* 6,7-10) y sin destacar el *semper gaudentes*, que además no es una consigna, sino un simple testimonio personal del Apóstol (*Colaciones* 6, 9, 2).

<sup>23</sup> *RB* 4,53-54 = *RM* 3,59-60.

<sup>24</sup> *RB* 7,59 = *RM* 10,78 citando *Si* 21, 23. Cf. CASIANO, *Inst.* 4, 39, 2.

<sup>25</sup> *Lc* 6,25, citado por BASILIO, *Reg.* 8,30-31; SALVIANO, *Gub.* VI, 29; ISIDORO, *Sent.* III, 20, 2.

<sup>26</sup> Además de BASILIO y SALVIANO (nota 23), ver FERREOL, *Reg.* 24,2-3. El llanto de Jesús: *Lc* 19,41-44; *Jn* 11,35; *Hb* 5,7.

<sup>27</sup> *RB* 49,4-7.

## Plenitud de gozo en san Juan

Gozo que nace de la prueba y del sufrimiento: esta secuencia que presenta la *Regla* benedictina y que hemos encontrado también en San Pablo, se encuentra asimismo en un pasaje de San Juan. Cuando Jesús, en la última Cena, habla de su partida cercana y de la separación de sus discípulos, por lo cual éstos se entristecerán<sup>28</sup>, les predice que *llorarán y se lamentarán*, mientras que el mundo se alegrará. Pero esta tristeza, agrega, se convertirá en gozo. Y para ilustrar su anuncio, Cristo evoca a la mujer durante los dolores de parto, cuya tristeza desaparece con el nacimiento del hijo y se transforma en gozo<sup>29</sup>. *Ustedes mismos*—concluye—, *están tristes ahora. Pero los volveré a ver, y sus corazones se llenarán de gozo, de un gozo que nadie les podrá quitar*<sup>30</sup>.

Antes y después de este texto central, que hace pensar en el gozo en medio de la prueba según San Benito, el cuarto evangelio habla varias veces del gozo en términos que resultan de una insistencia asombrosa. El verbo que acompaña habitualmente la palabra “gozo” (en griego *jara*, latín *gaudium*) evoca la “plenitud” de este sentimiento en el alma de aquellos que aman a Cristo. Ya Juan Bautista, el amigo que se alegra con la voz del esposo, dice que este gozo que él experimenta es “pleno”<sup>31</sup>. Y Cristo, a su vez, emplea varias veces el mismo término: *Les he dicho estas cosas para que mi gozo esté en ustedes y el gozo de ustedes sea pleno*<sup>32</sup>; *Pidan y recibirán a fin de que el gozo de ustedes sea pleno*<sup>33</sup>; *Digo estas cosas en el mundo, para que tengan en sí mismos mi gozo colmado*<sup>34</sup>.

Juan emplea otras dos veces en sus cartas el mismo vocabulario: *Les escribimos esto para que se gocen y el gozo de ustedes sea pleno*<sup>35</sup>; *Espero encontrarme con ustedes y hablarles cara a cara, para que el gozo de ustedes sea*

<sup>28</sup> Jn 16,22: *tristitia impleuit cor uestrum*.

<sup>29</sup> Jn 16,20-21.

<sup>30</sup> Jn 16,22.

<sup>31</sup> Jn 3,29: *Hoc ergo gaudium meum impletum est* (griego: *peplêrôtaî*).

<sup>32</sup> Jn 15,11 (latín: *impleatur*; griego: *plêrôthê*).

<sup>33</sup> Jn 16,24 (latín: *plenum*; griego: *peplêrômenê*).

<sup>34</sup> Jn 17,13 (latín: *impletum*; griego: *peplêrômenên*).

<sup>35</sup> 1 Jn 1,4 (latín: *plenum*; griego: *peplêrômenê*).

*pleno*<sup>36</sup>. Y el cuarto evangelio habla aún tres veces del gozo, sea a propósito de los que siembran y de los que cosechan<sup>37</sup>, sea refiriéndose a Abraham y al conocimiento que tuvo de Cristo<sup>38</sup>, sea en una frase donde Cristo mismo habla del gozo que experimentarán los discípulos que creerán en él<sup>39</sup>.

## Gozo y “alborozo” en el Maestro

Una vez que se ha encontrado en la Escritura, fuente principal del pensamiento de Benito, lo que el Espíritu Santo ha dicho del gozo, no es inútil escuchar también las palabras de un autor muy cercano a Benito –tan cercano que uno puede preguntarse si este “Maestro” anónimo no es Benito mismo en su juventud. La *Regla del Maestro*, en todo caso, ha precedido a la *Regla* benedictina, la cual reproduce o adapta gran parte de su contenido<sup>40</sup>.

Tres veces más larga que la de Benito, la obra del Maestro tiene también, en lo concerniente al gozo, un vocabulario más variado: a las palabras *gaudere* y *gaudium*, las únicas empleadas por Benito, el Maestro agrega el verbo *laetari* (siete veces), el sustantivo *laetitia* (trece veces) y el adjetivo *laetus* (una vez). A diferencia de *gaudere* y de *gaudium*, de donde provienen nuestras palabras gozar y gozo, *laetitia* no está representada en nuestra lengua francesa más que por una palabra de empleo muy limitado: “alborozo” (*liesse*).

¿Qué dice, entonces, la *Regla del Maestro* sobre este gozo y esta alegría? Lo primero aparece al comienzo de la Regla, cuando el Maestro evoca, en su *Thema* (Introducción), lo que está en el origen de toda vida monástica: el agua del bautismo. Después de haber bebido de esta fuente divina, escribe: “nos quedamos allí, estupefactos, mientras que nuestro gozo es grande”<sup>41</sup>.

<sup>36</sup> 2 Jn 12 (latín: *plenum*; griego: *peplêrômenè*).

<sup>37</sup> Jn 4,36: *ut et qui seminat simul gaudeat et qui metit*.

<sup>38</sup> Jn 8,56: *Abraham uidit et gausus est*.

<sup>39</sup> Jn 11,15: *gaudeo propter uos ut credatis*.

<sup>40</sup> Citamos nuestra edición de *La Règle du Maître*, T. I-II. Paris, 1964 (Sch 105-106).

<sup>†</sup> En castellano: *laetitia* es traducido por alegría (N.d.T).

<sup>41</sup> RMTh 12: *stetimus stupidi nimio gaudio*.

Este gozo tan grande, incluso excesivo (*nimio*), del primer encuentro con Dios, reaparece en el tiempo pascual: *Los que siembran entre lágrimas, cosecharán con gozo*, escribe el Maestro citando un salmo<sup>42</sup>. Esta cita sálmica ofrece el interés de implicar una concepción de la Cuaresma que contrasta con la de Benito. Éste, lo hemos visto, presenta estos cuarenta días como un tiempo en el cual la “compunción de corazón” mueve a “orar con lágrimas”, cierto, pero durante el cual toda la penitencia que se impone es “ofrecida a Dios con gozo del Espíritu Santo” y se espera la santa Pascua “con el gozo del deseo espiritual”. De manera más sumaria, el Maestro opone pura y simplemente las lágrimas de Cuaresma a la alegría de Pascua, y esta última aparece como una transformación completa de la situación de tristeza precedente.

Entre esa primera y esta última mención de *gaudium*, una a propósito del bautismo, otra con respecto al tiempo pascual, el Maestro señala aún que el gozo acompaña a la hospitalidad –nos alegramos de recibir al Señor en la persona del huésped<sup>43</sup>–, y que ella caracterizará nuestra suerte eterna, en contraste con las lágrimas de esta tierra<sup>44</sup>. Pero la más notable de estas menciones del gozo es quizás la que hace el Maestro al citar varios de los “frutos del Espíritu” enumerados por San Pablo. En efecto, su lista de los “instrumentos espirituales con los cuales se ejerce el arte divino” comienza por las tres virtudes teologales –paulinas ellas también– de fe, esperanza y caridad, pero él agrega inmediatamente: “la paz, el gozo, la dulzura”<sup>45</sup>, seguidas de la tríada de las grandes virtudes monásticas: “la humildad, la obediencia, la taciturnidad”.

*Caritas, pax, gaudium, mansuetudo*: alteración mediante –Pablo pone el gozo antes que la paz–, éstos son los cuatro primeros “frutos del Espíritu” enumerados por el Apóstol en la *Carta a los Gálatas*<sup>46</sup>. Después de la caridad (*agapè, caritas*), tercera de las virtudes teologales y primero de los frutos del Espíritu, viene el gozo (griego: *jara*, latín: *gaudium*) ordenado entre estos últimos y propuesto a los monjes, a este título, como un

<sup>42</sup> RM 53,20: *Qui seminant in lacrimis in gaudio metent* (Sal 125,5).

<sup>43</sup> RM 1,16: *pro gaudio superuenientes*.

<sup>44</sup> RM 11,78, citando de nuevo Sal 125,5 (según el Salterio Romano, mientras que la Vulgata dice *exultatione* en lugar de *gaudium*).

<sup>45</sup> RM 4,1 (*fides, spes, caritas*) y 2: *pax, gaudium, mansuetudo*. La caridad sirve de enlace entre las dos listas.

<sup>46</sup> Ga 5,22-23, donde el cuarto término (griego: *macrothymia*) es *patientia* en la Vulgata, la cual emplea *mansuetudo* para traducir otra palabra.

“instrumento espiritual” de gran importancia. El monje debe, pues, cultivar la paz y el gozo, lo mismo que la fe, la esperanza y la caridad.

Cuando se pasa del *gaudium* al otro término que en el Maestro designa el gozo —*laetitia*—, hay que notar en primer lugar la frecuencia creciente de las palabras de esta familia: a los once empleos de *gaudium*, *gaudere* y *gaudesci*<sup>47</sup>, corresponden veinte recurrencias de *laetari*, *laetitia* y *laetus*. Este último adjetivo no aparece más que una vez con referencia al *alleluya* pascual<sup>48</sup>, pero el sustantivo *laetitia* se encuentra no menos de once veces, sea a propósito de la misma alegría pascual<sup>49</sup>, sea al hablar de la alegría eterna que ésta prefigura<sup>50</sup>, sea incluso con ocasión del domingo, día de la Resurrección, y de otras fiestas<sup>51</sup>, o de la visita de un hermano espiritual, en quien se reconoce al Señor mismo<sup>52</sup>. En cuanto al verbo *laetari*, sus siete empleos tienen las mismas causas: alegría de Pascua y de Navidad<sup>53</sup>, alegría dominical<sup>54</sup>, alegría de la eternidad<sup>55</sup>.

### Gozo y tristeza en la *Vida de Benito*

Mientras la *Regla del Maestro*, fuente literaria de la de san Benito, abunda en citas relativas al gozo, el segundo Libro de los *Diálogos* de Gregorio Magno, que cuenta la vida del santo, habla poco de *gaudium* o de *laetitia*. Hay que esperar hasta uno de los últimos capítulos para ver a San Benito “alegrarse” del fin glorioso de su hermana Escolástica, cuya alma ve entrar al cielo en figura de paloma. Este gozo espiritual lo hace

<sup>47</sup> RM 81,15 y 82,29. Este verbo es una palabra muy rara y algo oscura.

<sup>48</sup> RM 53,49: *noua laetae resurrectionis alleluia*; cf. 3,93 (nota 47).

<sup>49</sup> RM 3,93: *laetitia canticum... alleluia*; 28,44: *laetitia alleluia*.

<sup>50</sup> RM 10,93: *in sempiternae laetitia exultatione*; 10, 116; 53, 22; 90, 16.

<sup>51</sup> RM 27,45: *propter caritatem laetitia sanctorum dierum* (domingos y fiestas); 45,7 (Navidad) y 18 (dedicación del oratorio).

<sup>52</sup> RM 61,5: *pro aduentus tui laetitia*.

<sup>53</sup> RM 53,19: *laetari cum Christo*; 45,7 (Navidad y Pascua).

<sup>54</sup> RM 45,14, citando *Sal* 149,5: *laetabuntur in cubilibus suis* (los santos de los cuales se conservan reliquias en las iglesias). Este versículo sálmico es repetido en los oficios del domingo, día de reposo y de alegría, hasta la misa (75,7). Se lo dice también en cada visita a la iglesia (57,26).

<sup>55</sup> RM 53,25: *cum eo... in futuro laetari*.

prorrumpir en himnos de alabanza y de acción de gracias<sup>56</sup>.

Además, este fin tan dichoso ha sido precedido, tres días antes, por una larga conversación nocturna en la cual el hermano y la hermana han hablado de los “gozos de la vida celestial”<sup>57</sup>. No es por tanto solamente aquí abajo, sino también y sobre todo en el más allá donde se encuentra el gozo, objeto de esperanza.

La misma orientación escatológica aparece en el episodio siguiente. En efecto, inmediatamente después, Gregorio habla de la relación del santo con otro abad que conocía, el diácono Servando, cuyo monasterio se encontraba en Nápoles y que venía a menudo a verlo. Esas frecuentes visitas tenían un fin absolutamente espiritual: como Benito, Servando estaba “impregnado de doctrina y de gracia celestial. Había entre ellos una transmisión de dulces palabras de vida. Aún no podían gozar perfectamente el suave alimento de la patria celestial, pero al menos lo pregustaban suspirando hacia ella”<sup>58</sup>.

*Gaudendo*: esta palabra que la traducción francesa transmite como gozar, es el verbo que expresa el gozo. Éste, en su forma “perfecta” está reservado al más allá. Aquí abajo los gozos del cielo no son “gustados” más que “suspirando” por ellos.

Escolástica y Servando: estas dos personas, a propósito de las cuales el biógrafo habla de gozo, no aparecen más que al final del relato, cuando Benito se dispone a pasar el umbral de la muerte y a conocer los gozos de la eternidad. Pero en las páginas precedentes se lo ve, en dos ocasiones, consolar a almas afligidas. En Subiaco, cuando saca del agua la herramienta que un monje godo había dejado caer en el lago, dice a este afligido discípulo: “Trabaja y no te entristezcas”<sup>59</sup>. Y cuando en Monte Casino una hambruna aflige a los hermanos, Benito les promete el socorro de la Providencia, diciéndoles: “¿Por qué se entristecen por la falta de

<sup>56</sup> GREGORIO MAGNO, *Dial.* II,34, 1: *Qui tantae eius gloriae congaudens, omnipotenti Deo in hymnis et laudibus gratias egit.*

<sup>57</sup> *Dial.* II,33,2: *ut usque mane de caelestis uitae gaudiis loquamur.*

<sup>58</sup> *Dial.* II,35,1: *ut, quia isdem quoque uir doctrina gratiae caelestis influebat, dulcia sibi inuicem uitae uerba transfunderent, et suauem cibum caelestis patriae, quia adhuc perfecte gaudendo non poterant, saltem suspirando gustarent.*

<sup>59</sup> *Dial.* II,6,2: *Ecce labora et noli contristari.*

pan? Hoy hay escasez, mañana habrá abundancia”<sup>60</sup>.

A pesar de estos esfuerzos por disipar la tristeza de otros, con frecuencia, Benito mismo es también entristecido por acontecimientos desgraciados. El odio encarnecido que le profesa, en Subiaco, el párroco del lugar, lo hace sufrir<sup>61</sup>. Y cuando este sacerdote malvado desaparece repentinamente, Benito se lamenta por su suerte, como así también por la alegría desconsiderada que Mauro manifiesta ante esta desgracia<sup>62</sup>.

En Monte Casino se ve de nuevo al santo exasperado por uno de sus monjes que lo asedia con quejas y al cual termina por despedir<sup>63</sup>. Más adelante Gregorio muestra en dos ocasiones a Benito “contristado” por los requerimientos o actitudes de gente de afuera: un padre que le pide que rescite a su hijo muerto; su propia hermana Escolástica que lo obliga a pasar la noche fuera del monasterio<sup>64</sup>.

En resumidas cuentas, la vida de Benito presenta una imagen de santo muy humana y verdadera, en la cual la tristeza no está menos presente que el gozo, siendo éste sobre todo el objeto de una gran esperanza.

### **El vicio de la tristeza en Casiano**

Más allá de la *Regla del Maestro*, y tanto a través de ésta como directamente, Benito toma su doctrina espiritual del gran maestro de los monjes occidentales que fue Juan Casiano. Según éste, la tristeza es uno de los ocho vicios principales contra la cual los monjes, como todos los cristianos, han de luchar sin cesar. Los solitarios, en particular, están a menudo, y gravemente, tentados de tristeza o *acedia*, señala el autor de las *Conferencias*<sup>65</sup>, y estos dos vicios son tanto más difíciles de combatir porque, a diferencia de los otros, no son siempre provocados por causas exter-

<sup>60</sup> *Dial. II,21,1: Quare de panis inopia uester animus contristatur? Hodie quidem minus est, sed die crastina abundanter habebitis.*

<sup>61</sup> *Dial. II,8,4: illi magis quam sibi doluit.*

<sup>62</sup> *Dial. II,8,7: sese in grauibus lamentis dedit.*

<sup>63</sup> *Dial. II,25,1: nimietatis eius taedio affectus, iratus iussit ut discederet.*

<sup>64</sup> *Dial. II,32,2: ualde contristatus est; 33,4: coepit conqueri contristatus.*

<sup>65</sup> CASIANO, *Colaciones* 5,9.

nas, sino, con frecuencia, por movimientos interiores<sup>66</sup>. En otros términos, la tristeza sobreviene, a menudo, sin razón aparente, de suerte que no se sabe qué hacer para disiparla.

Si la tristeza es un vicio, el gozo —que es su contrario— ¿será una virtud? Casiano nunca dice esto, que nosotros sepamos, pero no deja de mencionar el gozo entre los “frutos del Espíritu” enumerados por San Pablo, que son “caridad, gozo, paz” y los demás<sup>67</sup>.

La ocasión y el contexto de esta cita paulina son de gran interés. Al tratar allí el vicio de la tristeza, el autor de las *Instituciones* recuerda otro texto del Apóstol: la distinción entre la “tristeza según Dios”, que conduce a la penitencia y a la salvación, y la “tristeza del mundo”, que produce la muerte<sup>68</sup>. La tristeza según Dios, por la cual uno se arrepiente del pecado, dice Casiano, es acompañada por una efusión del Espíritu que comporta el gozo, mientras que la tristeza del mundo está privada de estos dones espirituales. Paradójicamente, se puede decir que la tristeza según Dios es de alguna manera “gozosa”, y animada por la esperanza de progresar<sup>69</sup>.

Esta paradoja de una tristeza no desprovista de gozo, de una tristeza que incluso engendra un cierto gozo, está en el corazón de la vida monástica. ¿Cómo no recordar a este propósito que Jesús “sintió tristeza y angustia”, y confesó que tenía “el alma triste hasta la muerte”?<sup>70</sup> Estas palabras del Evangelio, que Casiano nunca cita,<sup>71</sup> son apropiadas para consolarnos en la hora de las pruebas. Pero la oposición paulina de las dos tristezas sobre las que insiste Casiano, es también una gran luz, apta para prevenir al monje contra la tristeza viciosa, estéril, contraria al Espíritu.

<sup>66</sup> *Colaciones* 5,3.

<sup>67</sup> CASIANO, *Inst.* 9,11, citando a *Ga* 5,22-23.

<sup>68</sup> *Inst.* 9,10, citando *2 Co* 7,19: *caritas, gaudium, pax*, etc.

<sup>69</sup> *Inst.* 9,11: *quodammodo laeta et spe profectus sui uegeta*.

<sup>70</sup> *Mt* 26,37-38; cf *Mc* 14,34. Ver también *Lc* 22,43-44; *Jn* 12,27. Ya antes de su Pasión, se ve a Jesús “aflicto” por el endurecimiento de ciertos oyentes (*Mc* 3,5)

<sup>71</sup> Sólo *Lc* 22,44 es citado en *Colaciones* 9,25, donde estas *gotas de sangre* de Cristo en Getsemaní son evocadas como los signos de una oración sublime, indecible (la “oración de fuego”).

## Tres hacen esperar la alegría

En la numerosa familia de las Reglas monásticas, hay tres que citan, cada una en un contexto particular, la palabra dicha por Cristo en la parábola de los servidores: *Entra en el gozo de tu señor (Mt 25,21-23)*.

En los años 553-581, Ferreol, obispo de Uzes, invita a los monjes de un monasterio que él ha fundado fuera de su diócesis, a reverenciar y amar a su abad. Grande, en efecto, es la responsabilidad de éste. Habiendo recibido mucho, deberá dar cuentas de todo ello. Podrá entonces escuchar que se le dice: *Bien, servidor bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor*<sup>72</sup>.

Un poco más tarde sin duda, hacia 580, Leandro de Sevilla dirige a su joven hermana Florentina, consagrada a Dios desde la infancia, una larga exhortación a permanecer en su comunidad de vírgenes y a sacar allí el máximo provecho de los bienes espirituales con los cuales el Señor la ha colmado. Curiosamente, es en una advertencia contra la risa donde resuena el llamado a la alegría<sup>73</sup>:

Muéstrate alegre en Dios con gozo sereno y moderado del espíritu, conforme a las palabras del Apóstol: *Alégrense en toda ocasión en el Señor; se los repito, alégrense (Flp 4,4)*. Y en otro lugar dice: *El gozo es fruto del Espíritu (Ga 5,22)*. Este gozo no turba el espíritu manchándolo con la risa, sino que eleva el alma y le hace desear el reposo celestial, donde podrás escuchar: *Entra en el gozo de tu Señor (Mt 25,21)*.

Esta vez, el gozo no aparece solamente como una recompensa en el más allá, sino como un don del Espíritu que colma el alma desde ahora. La esperanza llega a ser experiencia que precede y suscita aquél.

Este gozo que proviene de Dios no tiene que hacer reír, por lo cual Leandro estudia su proceso en las líneas siguientes, llegando hasta preconizar las lágrimas y los suspiros del alma que aspira a “estar con Cristo”. Paradójicamente este capítulo, que comienza por preconizar la alegría, acaba así con una invitación a llorar. Pero la última palabra es de consuelo: “Si tú lloras a causa de su ausencia, él te consolará por su presencia”.

<sup>72</sup> FERREOL, *Reg.* 2,6.

<sup>73</sup> LEANDRO, *Reg.* 21, líneas 629-635. Madrid, 1971. BAC, *Santos Padres Españoles*, II.

Unos sesenta años más tarde, hacia el 640, un tercer obispo, Donato de Besançon, escribe una *Regla* para las hermanas del monasterio que han fundado sus padres. Comenzando, como San Benito, con un directorio para la abadesa, termina este primer capítulo diciendo a la superiora que espere un día escuchar al Señor que le dirá, como a los servidores buenos y fieles: *Entra en el gozo de tu Señor*<sup>74</sup>.

Reconocemos aquí el contexto puramente escatológico en el cual el Evangelio sitúa esta palabra. Como Ferreol, Donato piensa únicamente en la alegría final de la eternidad. Por tanto, sólo en Leandro aparece una anticipación de esta alegría celestial, la cual por lo demás no excluye en absoluto los sufrimientos terrenos, sino al contrario, engendra un cierto dolor, en la espera del gozo puro y pleno que nos es prometido.

### Un gozo perpetuo: ¿por qué no?

En esta perspectiva evangélica, el gozo aparece como un bien futuro, como una promesa del más allá. Pero, ¿qué ocurre con la vida presente?

Al respecto, podemos rememorar el precepto dado por San Pablo a los Tesalonicenses: *Estén siempre alegres*. Pero hay que confesar que en la tradición cristiana este precepto paulino no ha recibido quizás toda la atención que merece. Ya hemos reconocido este hecho al comparar el *Estén siempre alegres* con la sentencia que sigue inmediatamente: *Oren sin cesar*. Mientras que ésta ha provocado el inmenso esfuerzo de los monjes por practicar la oración incesante, sea en la forma comunitaria del oficio divino, sea por múltiples realizaciones individuales, no se habla de una doctrina o de una práctica similar en vistas a cultivar siempre la alegría.

Podemos extender ahora hasta el último elemento de la tríada paulina –la acción de gracias– el comentario que hemos hecho antes sobre la oración: *Estén siempre alegres, oren sin cesar, den gracias en toda ocasión*. La eucaristía o acción de gracias ha sido también objeto de un esfuerzo de perpetuidad, que se expresa particularmente en la solemne fórmula de la liturgia: “En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte siempre gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno...”

<sup>74</sup> DONATO, *Reg.* 1,22, corrigiendo oportunamente *RB* 64,22.

Estas palabras, que el sacerdote repite en cada Misa, realizan exactamente el precepto de San Pablo: *Den gracias en toda ocasión*. Así como el *oren sin cesar* se hace patente en la obra de Dios de los monjes y la oración cotidiana de los fieles, del mismo modo el *den gracias en toda ocasión* se expresa en la eucaristía que es el acto central y renovado sin cesar por toda la Iglesia.

Tal constatación nos impulsa a plantear la pregunta: ¿por qué el primer término de la trilogía paulina no había de suscitar un esfuerzo análogo de nuestra parte? ¿Por qué el *Estén siempre alegres* no habría de ser tomado en serio, como las dos frases apremiantes que lo siguen? ¿Por qué nuestro gozo no ha sido incesante como nuestra oración y nuestra acción de gracias?

*Spe gaudentes*, “gozosos en la esperanza”. Si no cultivamos tanto el gozo como sus dos compañeras, ¿no será porque nuestra esperanza es muy débil, nuestro deseo de la vida eterna demasiado poco ardiente, porque nuestra mirada está absorta en objetivos terrenales, condenados a perecer?

Dios nos llama al gozo eterno, y desde ahora, en la esperanza, podemos y debemos cultivarlo. Para fortalecer nuestra convicción al respecto, podemos recordar dos pasajes de la Carta a los Filipenses, en la cual San Pablo reúne nuevamente la alegría, la oración y la acción de gracias, como lo había hecho algunos años antes en su Carta a los cristianos de Tesalónica.

Esta Carta a los Filipenses habla de la alegría en unos doce pasajes, lo cual es además muy significativo porque San Pablo está entonces prisionero y cerca de su fin. Sin pasar revista a todas estas menciones de la alegría, limitémonos a dos frases que asocian la alegría a sus dos hermanas. He aquí la primera, que sigue al saludo inicial<sup>75</sup>:

*Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos ustedes.*

En la *Carta a los Tesalonicenses*, Pablo coloca estos tres actos en el orden siguiente: alegría, oración, acción de gracias. Aquí invierte el orden: la acción de gracias aparece primera, seguida por la oración y la alegría. Pero las dos tríadas son sustancialmente idénticas, y la nota de perpetuidad (*cada vez, siempre, en todas mis oraciones*) resuena ahora como antes.

<sup>75</sup> Flp 1,3-4: *Gratias ago Deo meo in omni memoria uestri, sempre in cunctis orationibus meis pro omnibus uobis cum gaudio deprecationem faciens.*

Comenzada así, la *Carta a los Filipenses* termina del mismo modo, y con una frase que la liturgia nos ha vuelto familiar<sup>76</sup>:

*Estén siempre alegres en el Señor: se los repito, estén alegres. Que la medida de ustedes sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca. No se inquieten por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presenten a Dios sus peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias.*

Alegría, oración, acción de gracias: esta vez, los tres términos están dispuestos en el mismo orden que antes, cuando San Pablo se dirigía a los fieles de Tesalónica. Y este orden hace resaltar la alegría, nombrada en primer lugar y expresamente prescrita “siempre”, con una repetición que destaca su necesidad. No se puede ser más absoluto sobre el deber de estar alegres sin cesar.

*Abbaye de la Pierre-qui-Vire  
89630 Saint-Léger-Vauban  
FRANCIA*

<sup>76</sup> Flp 4,4-6: *Gaudete in domino semper, iterum dico: gaudete. Modestia uestra nota sit omnibus hominibus. Domine prope est. Nihil solliciti sitis, sed in omni oratione et obsecratione cum gratiarum actione petitiones uestrae innotescant apud Deum.*